A.D. 2025

PREGÓN DE CUARESMA

D. IVÁN LÓPEZ SALINAS

ILUSTRE HERMANDAD Y COFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS DE LA CAÍDA Y MARÍA SANTÍSIMA DEL ROSARIO.

A la sombra del monte elevado,
donde el viento susurra al pasar,
allí yace Jesús, el Caído,
con su cruz, la que le impide andar.

Sus rodillas en tierra sagrada,
su cuerpo dolido y mortal,
ensangrentado, magullado, herido,
¿Quién se le atreverá ayudar?

Caído en el polvo del mundo,
se alza este espíritu fiel,
en cuyos ojos brilla la llama
del amor impoluto que ni el pecado podrá vencer.

El madero no puede quebrarle,
la corona no asfixia su ser,
consciente del peso que porta,
¿Cómo puede temer? ¡Si su carga es luz infinita,
que nos vino a salvar y a querer!

Aguanta, mi Cristo caído,
que el camino llega a su fin,
y nada quedará perdido,
pues tu paso doliente resuena
como un mensaje de paz,
que la gloria es eterna,
y que, aunque cueste, es preciso caminar.

Sr. Cura Párroco de San José.

Sr. Hermano Mayor de la Ilustre Hermandad y Cofradía de Ntro. Padre Jesús de la Caída y Ntra. Sra. del Rosario.

Miembros de la Junta de Gobierno y hermanos de esta ilustre hermandad y cofradía.

Cofrades y amigos de otras cofradías y hermandades de la Semana Santa de nuestra Ciudad.

Muy buenas tardes.

Este año 2025 ha recaído en mi persona la enorme responsabilidad de pregonar la estación de penitencia que esta querida hermandad y cofradía de la Caída realizará, como cada año, en la tarde-noche del Martes Santo. Es por ello que las primeras palabras deben ser, por justicia, de profunda gratitud a la Junta de Gobierno por haber pensado en mí para este cometido, y más si cabe, si hacemos un ejercicio de humilde modestia, habiendo en Elche personas mejor preparadas y formadas.

Todavía recuerdo los mensajes de Mari Carmen donde me hacía participe de esta noticia, toda una sorpresa. Y claro, como cofrade, pero, sobre todo, devoto… ¿cómo le iba a dar un no por respuesta? Así que, sin pensarlo demasiado, acepté…sin ser muy consciente del lio en el que me estaba metiendo.

O bueno…creo que sí que lo fui precisamente esa noche, en la que no pude dormir muy bien... ¿A ver que les cuento yo que no hayan oído ya? Sobre todo, después de haber tenido unos predecesores de tanto nivel (Óscar López, Joaquín Martínez, Pablo Ruz, Alberto Pastor o Diego Bonmatí, nada

más y nada menos que el Pregonero de la Semana Santa ilicitana del año pasado). Desde este espacio les declaro mi respeto y admiración. Este fue el pensamiento que invadió mi mente hasta altas horas de la madrugada…

Pues bien, han pasado los meses y nos encontramos hoy aquí, en esta esplendida, aunque maltratada por el paso del tiempo, parroquia de San José para afrontar esta labor de pregonar, la cual no se suele estudiar en ningún ámbito del mundo académico, sino que es más bien la propia universidad de la vida cotidiana la que te prepara para ello. Así que me puse a buscar entre los apuntes de mi *curriculum vitae* cofrade aquellos que me pudieran servir para superar esta prueba de hoy.

No me costó mucho realizar el vaciado de mi disco duro para encontrar algún recuerdo de esos que te acompañan toda tu vida y que guardas con mucho cariño. Y, sabéis una cosa, este recuerdo precisamente está ligado con esta hermandad. Quiero recordar que era el año 2005 cuando me estrené en la Semana Santa de nuestra ciudad. Y aunque esta primera salida procesional, por cosas propias de la edad, no fue todo lo penitencial que debería haber sido, fue algo especial. Si me preguntan ¿por qué la Caída? Seguramente respondería: porque mi hermana mayor salió en ella antes que yo; porque iba a verla con mis padres y mi hermano, y porque me daba caramelos… Por eso creo que, habría que preguntar más bien a mi hermana… ¿Porqué La Caída?

A esta primera salida, le siguió otra más, acompañado en ellas de mi primo Borja. Ambos, desde hacía tiempo, teníamos en mente salir de capirucho (aunque hoy en día suene más correcto dentro del mundillo cofrade decir

Nazareno o Hermano de luz), para repartir caramelos y emular a nuestros compañeros de clase quienes ya salían en otras cofradías como El Gallo o La Verónica. Así que, ni cortos ni perezosos, convencimos a nuestras madres para que nos hicieran nuestras vestas de forma ortodoxa como rezan los estatutos de la hermandad: "*hábito de raso negro, fajín grana, capa negra con dos bandas longitudinales en los bordes de color grana y el escudo de la Hermandad a la altura del hombro izquierdo, y capirote negro*". Todavía hoy custodia mi madre en casa esta vesta de forma impoluta, junto a mi traje de comunión y el de mis hermanos (en fin, cosas de madres). Y lo hace como eco de lo que fue mi primera participación en una procesión de Semana Santa, sin contar, claro, el Domingo de Ramos y su solemne procesión de las palmas en la que Jesús Triunfante entra en nuestra Jerusalén Occidental, es decir, en nuestra ciudad de las palmeras, Patrimonio de la Humanidad. En esta procesión llevo participando desde que tengo uso de razón junto a mi familia, haciendo honor al dicho popular, "*qui no estrena no te mans*".

El siguiente momento de mis apuntes que me gustaría recordar, dejando de lado ya la adolescencia, fue mi participación en la estación de penitencia de la hermandad como fotógrafo. Estamos hablando del año 2017 cuando por aquel entonces estaba en un momento de efervescencia con este hobby. Conocedores algunos hermanos de esta afición, y esperando obtener un buen reportaje de esa tarde, se pusieron en contacto conmigo. Sobre todo, Sergio, para pedirme tal favor. Y nuevamente… ¿cómo les iba a decir que no? Hoy, para mí, es todo un orgullo ver como las fotografías que hice siguen apareciendo en las redes

sociales de la hermandad, bien como cartel informativo de algún culto a celebrar o simplemente como entrada de muro para descontar los martes del año hasta un nuevo Martes Santo. Incluso, para sorpresa mía, una de esas fotografías fue empleada como cartel anunciador de la estación de penitencia en la Semana Santa del año 2019, un privilegio no al alcance de todos.

De esa jornada como fotógrafo me quedo sin duda con dos momentos que me parecieron un éxtasis místico, y que hoy siguen siéndolo cada vez que os veo, y que los quiero recordar así…

Por la Cuesta de Santa Ana se oye el fervor,
despierta un Martes Santo de pasión y oración.
Bajo un cielo de estrellas, la noche suspira,
y la Caída avanza con soberana maestría.

Suspiros de cera, tambores que laten,
el misterio se erige donde sombras se abaten.
Cristo inclina su rostro, sollozo de aflicción,
y las palmeras murmuran ecos de redención.

Costaleros valientes, sudor y aliento,
su fe es el pulso, su paso, el sustento.
Con el alma al hombro y la mirada al suelo,
sus pisadas escriben plegarias al cielo.

El pueblo se agolpa en silencio devoto,
la Cuesta es un templo de esfuerzo y de arrojo.
Manos que rezan, ojos que lloran,
el arte cofrade, esta chicotá que enamora.

Allí va el Señor, su peso y su pena,
entre cirios que alumbran su divina condena.

La banda acompaña con notas teñidas,
que envuelven la noche en horas benditas.

Un giro en la cuesta, el esfuerzo se mide,
la carga redobla, la fe no se divide.
"¡Arriba, valientes!", grita el capataz,
y ese reo de muerte se alza tenaz.

Se despide de su cuesta, Gólgota de San José,
hasta el año que viene donde volverá a caer.

El segundo momento, la recogida, y especialmente cuando el paso del misterio de Jesús Caído, atravesando el Puente de la Virgen, pasa delante de la hornacina de Nuestra Señora de la Asunción y se funden en un encuentro cargado de simbolismo…

La noche en Elche guarda su aliento,
al escucharse el latir del recogimiento.
Por la calle oscura de sueños velados,
la Caída retorna con pasos marcados,
cargando el peso de un Dios humillado.

El rostro de Cristo, de pena esculpido,
se alza despacio, herido, pero nunca vencido.
La Madre lo aguarda, observando callada,
Asunción sagrada, que en el mar quedaste varada.

Y así, en la noche de incienso y de luna,
de llanto y quebranto,
sublime momento, un gesto sagrado,
Asunción y Caída se funden en una.

Estos son solo dos de los muchos momentos que se viven en las calles de este barrio del Plà de San José y del centro

histórico de nuestra ciudad que seguramente muchos de vosotros compartiréis conmigo. No obstante, hay otros muchos instantes únicos a lo largo del recorrido: el primer toque inconfundible de la banda de tambores que anuncia el arranque de la estación de penitencia, la entrada en la *Plaça de Baix*, abarrotada de ilicitanos e ilicitanas para ver el encuentro con la Santa Mujer Verónica, quien enjugará con un paño blanco el rostro de nuestro Señor, quedando impreso en él la faz de salvación. O que me dicen de las calles estrechas como la Calle *Fira* o *Major de la Vila*, donde se confunden espectadores y nazarenos en una bulla que arropa los pasos de la hermandad; o la Calle *Mare de Déu dels Desamparats*, cuando se hace sonar el martillo tres veces, el redoble del tambor rompe potente y las cornetas entonan los primeros compases de una nueva marcha para retomar el camino. Y otro Martes Santo que se nos escapa. Ahora ya solo queda el eco de lo vivido…

Querida hermandad de la Caída, todos estos momentos los hacéis posibles vosotros, con vuestro esfuerzo y dedicación desinteresados, pero sobre todo desde el amor que os mueve hacia vuestros sagrados titulares. Una cofradía que es santo y seña de nuestra ciudad, y que en sus 161 años de historia ha sabido ganarse el cariño y la admiración de toda la familia cofrade ilicitana con personalidad propia e irrenunciable. 161 años en los que han pasado muchos presidentes y juntas de gobierno, que han sabido enriquecer y hacer más grande el patrimonio cultural y espiritual de la hermandad.161 años que han contemplado a innumerables hermanos, algunos de los cuales hoy recordamos con cariño, porque nos dejaron el mayor de los legados que no es otro que la fe y el ser cristiano. 161 años… y sumando

para seguir anunciando que "*Jo l'he vist passar carregat amb una creu, els «joïos» van darrere estirant-li dels cordells*".

161 años… de puro catecismo al contemplar este misterio, uno de los más impactantes de la Pasión, y que, aunque no se narre explícitamente en los evangelios canónicos, la tradición cristiana popular, ha querido recordar las tres caídas de Cristo en el *Vía Crucis*, particularmente en la tercera, la séptima y la novena estación. Cada una de estas representa no solo el cansancio físico de Cristo, sino la carga emocional y espiritual de llevar los pecados de la humanidad y que el difunto Papa Benedicto XVI recordaba así: "*Jesús, con su caída, asume nuestras debilidades y nos muestra el camino para superarlas*" (Homilía del Vía Crucis, 2005). Y es que en la vida…no hay nada más humano que caer…incluso Jesús siendo Dios quiso experimentarla.

La imagen de Jesús cayendo bajo el peso de la cruz simboliza nuestros propios tropiezos. Y yo ahora te pregunto, ¿te acuerdas cuál fue tu primera caída? De todas las veces que has caído, ¿hay una que te haya marcado las rodillas de tu ser más profundo? Un fracaso personal, una discusión con un familiar o un amigo, un problema de salud, la pérdida de un empleo o el duelo por un ser querido que nos dejó… San Agustín enfatiza este mensaje: "*Cristo no cayó porque fuera débil, sino para enseñarnos que en cada caída hay una oportunidad para el amor y la redención*" (Confesiones, Libro VII).

Como sabéis Jesús no se quedó en el suelo. A pesar del dolor, el cansancio y la humillación se levantó y siguió

adelante en un acto de valentía, pero no lo hizo solo, sino que recibió la ayuda de Simón de Cirene, quien, aunque comenzó por obligación seguramente terminó su servicio movido de profundo respeto y admiración hacia Jesús Caído.

No podemos, como cristianos, pasar de largo y observar esta escena de forma pasiva. Nuestro mundo cada vez más acostumbrado al dolor y a la pena, que normaliza las miserias de la vida, reclama de ti y de mi para ser solidarios con quienes han caído o caerán, y librarnos de la soberbia que se impone en nuestra sociedad deshumanizada. La ayuda del Cireneo nos recuerda que hoy puedes ser tú el que caigas, pero que nunca estarás solo para seguir adelante ante los problemas o las dificultades; y más en esta familia cofrade.

Me es inevitable también evitar la comparación con nuestra *Festa o Misteri*, el cual forma parte de mí y me define como persona, pero sobre todo como ilicitano, y que amo con locura. En la tarde del 14 de agosto María cae rota de dolor en el andador que se sitúa en el interior de la Basílica de Santa María desde la Puerta Mayor hasta el Cadafal que, en el presbiterio, simboliza su casa. En ese recorrido cae arrodillada en tres ocasiones delante de unos pequeños altares que, suspendidos sobre los pilares de la nave central, representan el Huerto de Getsemaní, el Monte Calvario y el Santo Sepulcro. Delante de cada una de estas estaciones realiza un canto rememorando una suerte de Vía Crucis que recuerda el que realizó Cristo durante su Pasión.

Al igual que Jesús en su camino al Gólgota, el andador de la *Festa* se convierte en la vía de la amargura, en vía

dolorosa. Como en el Vía Crucis de su Hijo, María recibe la ayuda de un Cirineo representado en su cortejo de ángeles encabezado por las Marías, María Salomé y María Jacobe, y que manifiestan su absoluta fidelidad al servicio de una María traspasada en su alma por una espada como presagió el anciano Simeón entonando: "*Verge i Mare de Déu, on Vós voldreu anar vos irem a acompañar*".

En el misterio que cargáis costaleros se puede ver, como en nuestra *Festa*, que el sufrimiento no es un signo de debilidad, sino parte del camino de la vida. El dolor de María en el *Misteri* no es el final, sino el principio, como tampoco lo es la fría losa del sepulcro.

María…la que contemplamos Coronada en nuestras fiestas de agosto, y ahora vemos desgarrada de sufrimiento arrastrando las cuentas dolorosas de su rosario detrás de su hijo sobre su palio de terciopelo burdeos.

Álvarez Duarte te hizo,

Reina de San José,

con ojos lacrimosos

para que pudiéramos comprender

que nos acompañas en las luchas

como estacas del madero

que a tu hijo sustentaron

con tres clavos y un letrero.

Dolorosa sevillana, que a Elche has venido,

muéstrate clemente ante tanto desvalido.

Cubre con tu manto al que llora, dale aliento al dolido,

se la guía del perdido y la mano del caído.

Mecedlos costaleros, hacedlo con dulzura,
dejad que sean vuestras suelas las que recen con ternura.
Que ***el golpe del llamador****, firme y sincero,*
marque en la noche su ritmo severo.
Que ***el incienso*** *engañe al cansancio,*
y sea él quien perfume tu llanto.
Que ***la cera*** *de las velan quede derretida,*
y salpique las flores que engalanan vuestros pasos.
Que ***tu costal*** *se quede marcado,*
y que tu nuca hable de devoción.
Que ***la trabajadera*** *quede apretada,*
y que tus brazos empujen con pasión.
Que ***tus recuerdos*** *vuelvan a brotar,*
y que en cada chicotá te vuelvas a enamorar.

Y cuando el silencio envuelva tu paso,
cuando el último rezo resuene en lo alto,
recuerda costalero, que ya es Martes Santo.